

“Lo decimos sin dogmatismos” El significado de no afirmar

Tristán Fita

tristanfita@gmail.com

Licenciatura en Filosofía

Director de TFL: Sergio Sánchez

Co-director de TFL: Ramón Cornavaca

Resumen:

En nuestra tesis de licenciatura en filosofía intentamos generar una relectura de la propuesta escéptica o perfil de escéptico delineado por Sexto Empírico en su obra conocida como *Hipotiposis pirrónicas*. En ese entonces habíamos dedicado un apartado a las expresiones del escéptico, o a su manera de dar a conocer a otros su forma de pensar, que Sexto compila hacia el final del libro primero de la mencionada obra. Es nuestro propósito ahora no sólo profundizar aquellos pasajes sino además combinarlos con la lectura de *Adversus mathematicos* I y II, libros en donde el escritor escéptico ataca las concepciones de su época en torno a la gramática y a la retórica, por ese entonces “disciplinas prácticas”. Esto se debe a que en dicha crítica, en su desarrollo gradual, el autor nos deja pistas acerca de qué concepción de lenguaje tiene y qué modo de expresarse le parece propio del filosofar pirrónico. De tal modo, aun cuando no se pudiera vislumbrar directamente una teoría del lenguaje *per se*, toda crítica, cuando consistente, deja entrever cierta posición clara. La coherencia y consistencia de la propuesta escéptica (“ἀγωγή”), que no es un sistema filosófico basado en dogmas o axiomas “autoevidentes” (i.e. “αἴρεσις”), se tornará aún más sólida y sólo demostrará la armonía de pensamiento entre ambas obras sextianas. Y naturalmente, el viejo fantasma cartesiano que acosa a los escépticos de todos los tiempos, es decir, la acusación de impracticabilidad o *apraxia*, quedará - al menos en este caso- sin sustento.

Palabras clave: sképsis – uso común – lenguaje – pirronismo

1. Introducción

Víctor Brochard, célebre historiador de la filosofía, al concluir su obra *Los escépticos griegos*, apropiándose de la fórmula de Pierre Paul Royer

Collard “no se le da al escepticismo su parte, pues desde que ha penetrado el entendimiento lo invade todo entero”,¹ sostiene que esta frase es quizás el más bello elogio que jamás se haya hecho a los escepticismos de todos los tiempos.

En nuestra tesis de licenciatura en filosofía intentamos generar una relectura de uno de estos tantos escepticismos que corroboran e ilustran aún más profundamente la observación de Royer Collard. Nos referimos a la propuesta escéptica o al perfil de escéptico delineado por Sexto Empírico en su obra conocida como *Hipotiposis pirrónicas*. En ese entonces habíamos dedicado un apartado a las expresiones del escéptico, o a las maneras que éste tiene de dar a conocer a otros su forma de pensar, que Sexto compila hacia el final del libro primero de la mencionada obra (HP I 188 - 209).¹¹ Es nuestro propósito ahora no sólo profundizar aquellos pasajes sino además combinarlos con la lectura de *Adversus mathematicos* I y II, libros en donde el escritor escéptico critica las concepciones de gramática y retórica de su época, por ese entonces “disciplinas prácticas”. El valor de estas críticas radica en que en ellas ha dejado pistas de

su concepción del lenguaje y del modo de expresión que estima es el propio del filosofar pirrónico. De tal modo, aun cuando no se pudiera vislumbrar directamente una teoría del lenguaje *per se*, toda crítica, cuando consistente, dejará entrever cierta posición clara. La coherencia y consistencia de la propuesta escéptica (“ἀγωγή”), que no es un sistema filosófico basado en dogmas o axiomas “autoevidentes” (i.e. “ἀίρεσις”), se tornará aún más sólida y sólo demostrará la armonía de pensamiento entre ambas obras sextianas. Y naturalmente, el viejo fantasma cartesiano que acosa a los escépticos de todos los tiempos, es decir, la acusación de impracticabilidad o *apraxia*, quedará - al menos en este caso- sin sustento.

El sentido de esta búsqueda, creemos, es relevante ya que toca una de los géneros clásicos de la historia de la filosofía occidental. Si acordamos que la duda -y quizá la vacilación- es de los rasgos o hábitos más característicos de los filósofos, los escépticos parecen haberse guardado celosamente para sí este rasgo. Y esta actitud, este modo de afrontar las cosas, se refleja claramente en sus expresiones y en su lenguaje. A tal punto esto es así que, viajando subterráneamente, este modo de pensar logró impactar a pensadores modernos clásicos, como Montaigne, quien daría a luz a uno de los géneros de escritura más característicos en filosofía, es decir, al “ensayo”.

Al comenzar el rastreo del modo de expresarse de uno de los escépticos antiguos, si no “el” escéptico antiguo -ya que es el único testimonio

directo de esta corriente con que contamos a la fecha- resulta inevitable señalar las diferentes posturas que éste asume según la temática tratada: donde en *Adversus mathematicos* I y II realiza una “exposición por contraposición”, es decir, dejando entrever posturas propias al atacar posiciones que considera erróneas, en *Hipotiposis pirrónicas* vemos una exposición positiva, constructiva y descriptiva del lenguaje del escéptico, sin focalizarse en la crítica de posiciones alternas.

2. Desarrollo

Veamos entonces qué nos sugiere Sexto por lenguaje y lenguaje del escéptico en los incipientes libros de *Adversus mathematicos*. Las razones de esto se vislumbrarán fácilmente más adelante.

En primer lugar, resulta obligatorio remarcar el carácter propio de esta composición. *Adversus mathematicos* I-VI presenta un tono y un “temperamento” de escritura que, si bien claramente emparentado con lo propuesto en *Hipotiposis pirrónicas*, exhibe rasgos únicos del pensamiento del autor. Naturalmente, esto se debe en parte a la temática tratada.^{III}

En este opúsculo, Sexto diserta contra quienes en su época estaban encargados de enseñar los “ἐγκύκλια μαθήματα” o las disciplinas que en el período helenístico-romano constituían una parte fundamental en la formación cultural de las personas de estratos sociales más bien acomodados. Estas “lecciones o aprendizajes cíclicos” fueron denominados por los latinos “artes

liberales”^{IV} y comprendían seis disciplinas que se consideraban básicas para la formación en cualquier disciplina ulterior, consideradas a su vez “superiores” a aquellas por presentar ya el “*status*” de ciencia (por ejemplo, la medicina y, en algunos casos, la filosofía). Estas seis primeras consistían en la formación de conocimientos sobre gramática, retórica, geometría, aritmética, astrología y música. Las razones del ataque de Sexto se fundan en base a lo mismo que expone en las *Hipotiposis*; básicamente, se trata de una crítica a todo intento de arrogarse el conocimiento certero sobre algo y, en este caso, de enseñarlo por ser evidente, es decir, que no necesita demostrar su veracidad y se impone como imprescindible de ser aprendido. Es desde esta perspectiva que Sexto arremete contra profesores de gramática y de retórica en estos dos libros iniciales de *Adversus Mathematicos*.

Pues bien, en el ataque contra los profesores de gramática (AM I) el objetivo de nuestro filósofo parece ser principalmente criticar a quienes postulan que existe un arte del buen leer y del buen escribir, en términos, no sólo del correcto empleo de ambas habilidades, sino también en lo que esto significa en la mencionada formación cultural de todo hombre (ἐγκύκλια μαθήματα), es decir, en su preparación espiritual. Esto último, naturalmente, sigue un ideal clásico de las corrientes helenísticas de la tardo-antigüedad: el ideal del sabio (σοφός). Recordemos que la sabiduría representaba el fin último -según la mayoría de las filosofías helenísticas- al cual debe aspirar (y hacia el cual se dirige naturalmente) la

vida de todo ser humano, y no representaba únicamente una aspiración hacia la comprensión y aprehensión cabal de lo real en términos cognoscitivos sino, mayoritariamente, en cómo vivir correctamente en este mundo cambiante (pues, en definitiva, esto significaría adquirir la dicha, ser feliz). En el helenismo, ese ideal clásico (de raíz socrático-platónico-aristotélica) quizás ya no era afirmado en términos positivos -por los claros avatares políticos y la declinación del ideal de la *polis* griega- pero sí en términos negativos: ser feliz para la mayoría de estas escuelas significaba ser *im-perturbable*,^V es decir, ser capaz de sobrellevar todos los males y dolores que experimentamos al vivir y al conocer. Evidentemente, a pesar de no poder tratar aquí este tema con la profundidad que merece, debe tenerse en cuenta que esto no significaba que sabio era un sujeto casi insular e incommovible incapaz de ser turbado por su entorno y las cuestiones mortales, sino que este ideal también implicaba un cierto amor a la vida. En este sentido, a casi ninguna de las filosofías helenísticas le faltó un desarrollo en torno a conceptos como la amistad o la filantropía. Por ende, el sabio no era concebido como una criatura *leve, alada y sagrada* sino primordialmente terrenal.

No muy alejada de esto parece estar la crítica de Sexto, en este caso, la que emprende contra los profesores de gramática. Para enmarcar ésta históricamente creemos que es necesario explorar de modo sucinto qué significaba para la época instruirse en cuestiones de este tipo. La gramática -o el arte de la gramática- no consistía, como en

nuestro tiempo, en una serie de conjuntos de reglas, acordadas por la entidad máxima de cada lengua institucionalizada, acerca del uso correcto o incorrecto de aquella sino, principalmente, en estar versado en la lectura de los clásicos, esto es, de los autores que ya se habían establecido como canónicos para el cultivo espiritual y prototípica del hombre instruido. Entonces, para considerarse genuinamente versado era “necesario” demostrar un conocimiento cabal de esos autores precedentes, tanto de sus obras y pensamiento como de sus “técnicas” y “estilos” de escritura. Las razones de esto son múltiples y complejas pero creemos que un concepto clave para comprender este fenómeno es el de “*mos maiorum*” (lit. “la costumbre de los mayores/ancestros”). En concepto se sintetiza un código de comportamiento social que se estableció sobre todo en la antigua Roma y que se expandió rápidamente durante el helenismo gracias a la capacidad militar de esta misma ciudad. Este código no escrito, que deriva claramente de la estructura jerárquica de la sociedad antigua y de los comportamientos y conductas de los individuos según en qué casta/clase hayan nacido, influyó decisivamente en la posterior composición de un código legal. Sin embargo, un aspecto interesante es que muchos de sus rasgos, formas de conducta establecidas *de facto*, se fusionaron rápidamente con otras costumbres similares de culturas afines. Por esto, y por lo que claramente había significado Grecia en el antiguo mundo del Mediterráneo, no sorprende que ya desde los fines de la República romana, y a través de todo el período del Imperio,

se imponga que el joven de familia pudiente manejara con solvencia el latín y el griego clásicos y/o hiciese un viaje a Grecia para profundizar sus estudios. De este modo, en el caso de que el joven optase por versarse en gramática debía estar sumamente instruido en lo que la *mos maiorum*^{vi} dictase que fuese necesario para tal disciplina.^{vii}

Al mismo tiempo, debemos conjugar también la crítica de Sexto con otras circunstancias históricas: con el nacimiento y desarrollo de la filología en Alejandría y, posteriormente, en Pérgamo.^{viii} El filósofo claramente va pasando revista a muchas nociones de los popes filológicos y en varias ocasiones homologa ese trabajo con lo que entiende que es el trabajo concreto y, por ende, las prácticas consuetudinarias de los profesores de gramática de su época, aun cuando eso suponga agrupar en un mismo conjunto teorías filológicas opuestas. Es decir, argumenta contra los modos de introducir la gramática en la juventud, más que contra el contenido concreto y divergente de las escuelas de filología y gramática. En este sentido, tampoco parece interesarle demasiado dividir entre las escuelas alejandrina y pergamense. Por lo tanto, era moneda corriente en la instrucción de los hombres versados en gramática tomar partido y estudiar las propuestas de estas dos corrientes filológicas, siendo claramente la alejandrina la posición imperante.

Es el surgimiento de la filología, aun cuando alejada y divergente de concepto actual o de su nacimiento a fines del s. XIX como disciplina científica, la que de algún modo instaura el

problema que a nuestro filósofo le interesa plantear. Esta disciplina nace a través de la recopilación de textos en una biblioteca, posiblemente en Alejandría, y del deseo de establecer textos uniformes, dada la disparidad de versiones existentes de los autores recopilados. Un ejemplo claro representan los textos de Homero: siendo probablemente el autor más recopilado y con más cantidad de copias (por su antigüedad e influencia en la cultura griega) presentaba serias dificultades para el establecimiento de un texto canónico (dificultades que continúan hasta el día de hoy). Por tanto, los hombres más versados, que en definitiva son esos “popes” a quienes referimos este nacimiento (desde Filetas de Cos en adelante), comenzaron a proponer sus variantes textuales utilizando las divergentes copias escritas que poseían y su ingenio, allí donde el texto se prestaba a confusión o presentara serios problemas (por ejemplo, el caso de una laguna o algún error evidente en la transmisión previa del texto). En tiempos de Sexto, si relacionamos esto con lo anteriormente dicho en torno a la función social del concepto de *mos maiorum*, nos encontramos con que esta historia de la filología pareciere haberse estratificado y permeado de modo muy básico en las clases elevadas de la sociedad, al punto que, más allá de si alguien se “especializase” o no en gramática o en retórica, un cierto modo de dicción sobre elaborada, cultista y de pruritos se imponía como necesario para los individuos de esos estratos sociales.

Ahora bien, la crítica del filósofo apunta a dos planos: (I) contra la fuente de esto, es decir, las distintas teorías de gramática producidas especialmente por los filólogos; (II) de manera indirecta, contra la imposición de esta disciplina y sus “resultados”, en tanto el estudio del “correcto” hablar y escribir. El segundo plano está directamente asociado a su escepticismo, a su *σκηψις*, a criticar todo intento de adjudicación de certidumbres mediante la capacidad de establecer antítesis. Y por ello, toda su crítica es un solo bloque porque implica prácticas concretas avaladas por creencias institucionalizadas. Esto golpea fuertemente el concepto epocal de *mos maiorum* arriba señalado y repele viejas acusaciones contra el escepticismo de ser una forma de conservadurismo político (si es que podemos dar cabida a tal calificación sin pecar previamente de anacronismo). En este caso concreto de *Contra grammaticos*, al filósofo le interesa señalar que cualquier intento de establecer la gramática como una disciplina verídica, esto es, de darle el *status* de “arte” (τέχνη) sólo redundará en su falsía y no se impondrá como necesario para continuar viviendo, incluso para vivir bajo un código social tácito como el de la *mos maiorum*. A través de esto último, y por contraposición, accedemos al corazón de nuestra propuesta: a Sexto le interesa remarcar que es posible hacerse entender, utilizar otro lenguaje, prescindiendo de cualquier estudio en gramática y, especialmente, sin caer en la necesidad de tener que apuntalar realidades por detrás de las palabras. Ahí vemos emerger una

dicción que dice sin afirmar, un idioma sin énfasis, un lenguaje que no está sediento de realidades.

Entonces, el libro primero comienza su desarrollo retomando las ideas finales del libro tercero de las *Hipotiposis pirrónicas* (HP III 239-281), donde el filósofo discurre sobre si existe algo que pueda ser enseñado y que tal pueda ser transmitido, aquí claramente aplicando esto a la disciplina práctica de los gramáticos (i.e. de si existe alguna τέχνη de la gramática). Allí mismo, junto antes de empezar su riña contra el contenido específico de la disciplina, nos señala por qué considera importante leer y escribir. Nos dice que, aun cuando la gramática de entonces nos hechizase como las sirenas (AM I 42), halagando nuestra ignorancia, con todo su origen es noble y es una práctica nacida de dos necesidades humanas: leer y escribir. Satisfacer estas dos necesidades, nos murmura Sexto, cura la más perezosa de las enfermedades (el olvido) y engendra la más necesaria de todas las actividades (la memoria). Esto, en grado mínimo, permite que haya algo digno de ser enseñado y de ser aprendido. Decimos “en grado mínimo” porque allí Sexto se refiere al aprendizaje de algo vital, de algo necesario para la vida, como lo es el aprender a caminar, y no tanto al conocimiento específico de cierto oficio. Aquí claramente reaparece el Sexto médico, preocupado por la vida como fenómeno. Y es en este sentido que, finalmente, el filósofo nos vuelve a remarcar que esto resulta evidente porque no es sólo útil al sabio sino a todos los seres humanos (AM I 42-56).

Sin embargo, para el gusto de nuestro pensador, esta gramática le parece haber evolucionado hasta llegar a ser un arte del lenguaje fanfarrón (πέρπερος) y sobre elaborado (περίεργος) y propia de gramáticos que siempre van de aquí para allá poniendo su pensar y su cabellera en denostar a otros que sobresalen en las demás disciplinas, sosteniendo que apenas si entienden la conversación corriente (AM I 97). Estos eruditos, que no parecen haber reparado demasiado en su profesión, descuidan según Sexto la observancia de fenómenos cotidianos que no precisan del conocimiento de la lengua de poetas y de escritores (AM I 64). De hecho, nos dice, a veces se ve a la gramática ocuparse de la conversación corriente de gente particular y sin formación, como sucede, por ejemplo, cuando se determina lo que es barbarismo y lo que es solecismo. Además, tampoco pueden negarse hechos inminentes: las palabras sufren cambios^{IX} y las expresiones (λέξεις) son casi infinitas en un único dialecto.

La crítica va *in crescendo* y Sexto ya desde el comienzo del opúsculo parece haber abandonado su tono meditabundo y tranquilo de las *Hipotiposis*. Si bien no deja de pasar revista minuciosamente a cada cuestión con el mismo método, cada tanto deja caer alguna acusación polémica: sostiene también que la gramática le parece pura verbosidad o un hablar vacuo (ἀδόλεσχος) y hasta una cháchara de viejas (γραολογία). Así los gramáticos se le muestran como enfermos (παχύτης) en cuestiones que ni para ellos mismos son evidentes (AM I: 141-144.).

El punto central de la discusión para el filósofo consiste en si es necesario para la vida el hablar con sutilezas para marear al oyente y lograr su convencimiento. Es decir, aquí como en los ataques a las otras cinco disciplinas tratadas en la obra, el versado sobre alguna de ellas (en este caso “el gramático”) funciona exactamente del mismo modo en que lo hace “el dogmático” en las *Hipotiposis*.^x

A pesar de esto último el método de investigación se mantiene: para atacar el todo, se debe atacar primero las partes. Por esto, primero cuestiona la existencia de las letras, luego de las palabras y así hasta llegar al lenguaje. El objetivo de esto no es argumentar zenónicamente porque es mejor asumir la *afasia* (ἀφασία) sino que quien asume poseer la verdad de algo debe demostrar por qué esto es así. Así, el lenguaje debería ser explicado desde lo existente, es decir, debería demostrar su subsistencia desde lo real (ὑπάρχειν), lo cual es humanamente imposible. Distinto es si se plantea que el lenguaje, las palabras y las letras se nos imponen como fenómenos necesarios para vivir aun cuando nos quedásemos en tinieblas al investigar a fondo su realidad. También, otro punto de parentesco con el argumentar escéptico de *Hipotiposis* reside en lo que el mismo Sexto declara en el final de esa obra. Dependiendo qué se desee criticar se utilizarán distintos tipos de argumentos, según sea el malestar que produce lo discutido: cuestiones que parecen tener fallas graves, serán atacadas con argumentos pesados y cuestiones de fallas sencillas, con argumentos suaves (HP III 280 - 281).

En AM I – VI esto se ve nítidamente cuando por momentos el pensador sigue a Epicuro en su argumentación, a veces a Pirrón o, directamente, a argumentos de escuelas filológicas rivales a lo momentáneamente discutido.

A pesar de que el tono de la invectiva empleado por nuestro pirrónico corre el riesgo de parecernos sosa, monótona y lenta, claramente de modo subterráneo va en aumento conforme este libro primero prosigue. De cada denuncia, de cada discusión teórica, algo va quedando y el pensador acumula muy bien estos restos para volver cada vez más aguda su ofensiva argumental. Y es de este modo que habiendo dicho lo anterior llegamos al núcleo de la crítica sextiana en este libro primero. Nuestro filósofo, al discurrir sobre el lenguaje y su naturaleza, y dado que por ese entonces pululaban estos individuos que proclamaban saber cómo hablar correctamente, se pregunta -como lo haría cualquier persona al tratar sobre estos temas- en qué basaría su existencia un arte de la forma correcta de la expresión. Con esto, está yendo más allá de la pregunta de si existe un arte de la gramática: se está inquiriendo si *realmente* existe directamente un “arte del lenguaje correcto” y, en caso de que así fuere, en qué se basaría tal pretensión. Colindante a esto último permanece la pregunta de si es posible *afirmar* la existencia del lenguaje. Sin embargo, Sexto ya no parece interesado en esta disquisición. Las razones de esto parecen obvias: preguntar por la afirmación apodíctica que nos lleve a captar la realidad del lenguaje es preguntar por una aporía; ahora bien, como de

hecho *hay* lenguaje (*se impone como fenómeno*) es trabajo del escéptico averiguar si hay cierta regularidad, cierto patrón en el uso de este fenómeno, o si tal uso responde a algo aleatorio e inaprehensible.

La pregunta por la existencia del arte del lenguaje correcto (Εἰ ἔστι τις τέχνη περὶ ἑλληνισμοῦ), que en definitiva es la pregunta por la posibilidad de la enseñanza del lenguaje a través de un arte específico, abarca la mayor parte de este libro primero contra los gramáticos (AM I 176-240). Naturalmente, como se evidencia en el término griego “ἑλληνισμός”, que aquí hemos optado traducir por “lenguaje correcto”, la discusión trata sobre el correcto uso del griego, lengua que como hemos dicho se imponía como propia de clases elevadas y que se había estandarizado en lo que se conoce como la lengua griega común (κοινή). Con las conquistas romanas este griego estándar se había propagado aún más de lo hecho por Alejandro Magno y, como en ese entonces, la imposición de una lengua impone una cultura y sus modismos. Como ya hemos indicado, las escuelas filológicas, especialmente la alejandrina de origen ptolemaico, jugaban aquí un papel clave, pues la opinión de estos filólogos hiper meticulosos contra quienes nuestro filósofo despótica devenían una suerte de dictamen y de norma para quien desease poseer un habla y una escritura correctas (y, por ende, “cultas”). Estas opiniones confirmaban y potenciaban aún más aquello que hemos intentado delinear con el concepto de *mos maiorum* e intentaban hacer del habla griega algo foráneo a las clases populares,

en honor a su irrefutable pasado. Para más o menos delinear qué era por entonces hablar correctamente, proponemos estas palabras de Diógenes Laercio:

“Las excelencias (o virtudes) de la frase son cinco: helenismo, claridad, concisión, propiedad y distinción. *Helenismo* es la expresión impecable, **en su construcción culta y no en uso coloquial o vulgar (έν τῇ τεχνικῇ καὶ μὴ εἰκαίᾳ συνηθείᾳ)**. *Concisión* es la dicción que abarca tan sólo lo necesario para la revelación de su asunto. La *propiedad* consiste en la expresión adecuada y natural al objeto. La *distinción* se da en la expresión que rehúye el vulgarismo. De entre los vicios del habla están el barbarismo, que es la expresión que va contra el uso de los griegos nobles, y el solecismo, que es una frase con incoherencia sintáctica.” (Diógenes Laercio, 2007: 353. VII – 59. Negritas nuestras)

Resaltemos también que para nuestro autor la pregunta por el lenguaje correcto o adecuado no era una pregunta menor: en AM I 176 nos indica que es de por sí evidente (αὐτόθεν συμφανές) por qué es necesario hablar con cierto cuidado; quien así no lo hiciera no sólo no podrá comunicarse con otros y cometería barbarismos y solecismos (que además lo presentarían como un ignorante frente a sus auditores y les produciría su risa) sino que, además, no podría presentar con claridad (σαφῶς) y distinción (ἀκριβῶς) sus ideas sobre cualquier cuestión.

Pues bien, podemos decir sucintamente que Sexto pone en tensión dos modos antagónicos de comprender el correcto uso del lenguaje o de comprender este “helenismo”. Esta tensión no es

originalidad del pensador, sino la impresión en palabras de una discusión acalorada y viva de su época. Se trata de la disputa entre “analogistas” y “anomalistas”. Como claramente se percibe a partir de estos nombres, la disputa se daba entre si era posible establecer algún principio para el adecuado uso de las palabras o no. Los analogistas, pretendían establecer, precisamente por analogía, que para un término o para cierta construcción gramatical era posible establecer su significado a través de cierta regularidad en sus usos. Por el contrario, los anomalistas sostenían que tal intento era fútil, ya que los usos lingüísticos están sujetos y nacen de circunstancias tan específicas e impredecibles que es imposible determinar *a priori* o *a posteriori* tal regularidad. En palabras de Sexto:

“(…) Pero resulta que hay dos clases diferentes de lenguaje correcto (i.e. “helenismo”): una queda al margen de nuestro uso lingüístico común y parece proceder en virtud de la analogía gramatical, la otra se guía por el uso de cada uno de los griegos y se establece a partir de la plasmación concreta y la observación de la conversación corriente. (...)” (Sexto Empírico, 1997: 84. AM I 176)

A este respecto:

“Este principio de analogía (es decir, el «descubrimiento» de modelos fijos en la declinación y la conjugación y la consiguiente pretensión de acabar con las numerosas irregularidades que, tanto en griego como en cualquier otra lengua, afectan a dichos paradigmas gramaticales) se desarrolló entre los gramáticos alejandrinos y entró en colisión con

los llamados «anomalistas» de inspiración estoica, quienes ponían el énfasis en la variedad de formas que de hecho se constata en la lengua hablada(...)” (Sexto Empírico, 1997: 84, nota al pie)

Y finalmente:

“(…) En rigor, la tarea filológica sobre autores antiguos justificaba por analogía términos que no eran los del registro contemporáneo y en este sentido los críticos antianalogistas pueden haber interpretado esto como una justificación de formas contrarias al uso.” (Mársico, 2007: 93)

Es decir, si tenemos en cuenta esto junto a lo que Sexto entendía por trabajo de filólogos y gramáticos, arriba descrito, vemos claramente que repugna al pensador. La analogía, o esta analogía que nos presenta en AM I 176-240, resulta inútil para poder fundamentar usos lingüísticos y gramaticales correctos. Esto se debe a varios motivos -nos dice el pensador- como por ejemplo que de adoptarse esta analogía como criterio del lenguaje correcto (i.e. “helenismo”) sólo podrían seguirlo dos o tres personas, es decir, gramáticos y filólogos eruditos (AM I 192). Otro problema concomitante de éste consiste en que aquella analogía procede de un uso lingüístico común y desactualizado, propio de autores antiguos canonizados y de la labor filológica: por ejemplo, si se pretende reafirmar el significado de un término a partir de los textos homéricos, resulta erróneo pretender afirmar que las mismas palabras significan lo mismo habiendo transcurrido tanto tiempo. En todo caso, dice Sexto, debemos hacer como Homero, que daba significado a sus palabras de acuerdo a los usos lingüísticos y gramaticales

comunes en su tiempo (AM I 208). Por último, uno de los argumentos más habituales del escritor pirrónico es aquel que dice que debemos atenernos al uso común ya que, en definitiva, la esencia de la analogía es la comparación de nombres similares y éstos, a su vez, proceden de aquél.

Por tanto, el lector no deberá tardar en darse cuenta que en este caso el escéptico toma partido por la anomalía en los usos lingüísticos. Pero esto no debe sorprendernos porque simplemente se trata de ir por la vía negativa: que estos usos no presenten un patrón claro en su modo de significar y actuar gramaticalmente no significa que quizás en el futuro no pueda hallarse uno.^{xi} Y entonces nos preguntamos ahora, frente a esta anomalía ¿cómo podremos acceder a un lenguaje correcto según Sexto? La respuesta es, manifiestamente, otra cara u otro nombre de esta misma anomalía: el uso común (συνήθεια).

A lo largo de todo este libro primero vemos que en una disputa terminológica, ya sea por su significado, ya por su uso gramatical o ya por cuestiones afines, la apelación al “uso común”, o al uso propio de las conversaciones corrientes (ὁμιλία), resulta casi una respuesta habitual del filósofo. Sin embargo, como adelantamos, ante cada cuestión tratada va dejando caer matices, y así su comprensión en torno a qué es tener un lenguaje correcto comienza a pulirse cada vez más, a pesar de que, por abrazar a la anomalía como criterio provisional, no pueda establecerse una técnica para aprender ese lenguaje correcto.

En este sentido, encontramos pasajes que le hablan claramente al lector. Por ejemplo, en AM I 178 nos dice que aceptar los usos comunes lingüísticos y seguir las pautas de conversación corrientemente aceptadas es como aceptar la moneda local vigente en una ciudad: quien no la acepte, y utilice su propio patrón lingüístico, será tenido por loco y no podrá efectuar ningún tipo de intercambio con sus conciudadanos. Incluso, el pasaje siguiente nos aclara aún más su opinión: quien quiera hablar correctamente (ὀρθῶς) debe seguir y observar el discurso *sin técnica* (ἄτεχνος) y suave (ἄφελής) en la vida (βίος) y en el uso común (κοινή συνήθεια) de la mayoría. Esto mismo se repite en AM I 193 y allí el filósofo agrega que además de esto sólo debemos tener en cuenta la claridad (σαφήνεια) y la suavidad de lo presentado (προσήνεια). Finalmente, como prescripciones últimas y apéndices a todo esto, sólo insiste en no incurrir en barbarismos y solecismos en nuestro lenguaje (AM I 206).^{xii}

Es manifiesto entonces que la “συνήθεια” deviene para Sexto el criterio fidedigno para discernir entre un lenguaje correcto o y uno que no lo es. Que esto sea así no resulta extraño: concuerda con la actitud escéptica descrita en HP I 23 y pasa a formar parte de ese criterio provisional que el pirrónico adopta, pues no puede estar pasivo frente a los fenómenos. Utilizar el uso común se impone fenoménicamente como se impone fenoménicamente que cuando tengamos frío busquemos abrigo o cuando tengamos hambre, comamos. De esto resulta que, aun cuando el uso común en el lenguaje resulte falto

de fundamento e imposible de justificarse como verdadero, esto poco le importa al escéptico ya que sólo le interesa su utilidad: nos permite utilizar el lenguaje en su potencialidad máxima e incluso continuar investigando sobre el mismo, sin tener que defender una postura tácita o producir afirmaciones injustificables que nos conduzcan a aporías.

Ahora bien, desde esta óptica una pregunta inevitable consiste en a qué “uso común” (συνήθεια) debemos atenernos, ya que el concepto podría resultarnos demasiado amplio y, si bien es capaz de sacarnos de problemas teóricos y aporías, podría resultar inútil en este sentido a los fines que el mismo Sexto propone, es decir para prácticas concretas. Si cada discusión será zanjada por el uso común pareciera que para cada término o problema lingüístico cada hablante deberá tener en mano una especie de idea acabada y pulida de un lenguaje utilizado exactamente igual entre todos sus usuarios. Además, se establecería un despotismo de ciertos usos que *a priori* vendrían establecidos como más comunes que otros. Como estos problemas, entre otros, rompen con la idea descrita de anomalía, pues lo común no puede ser establecido *a priori* o *ad hoc*, nuestro filósofo no tarda en ver el problema y nos acerca una solución que, junto a lo ya desarrollado en torno a la “συνήθεια”, lo acercan y adelantan aun más a ciertos planteos propios del movimiento intelectual del siglo XX conocido como “giro lingüístico”. Sexto no propone que ante cada problema terminológico o gramatical de lenguaje busquemos cuál es el uso

común, lo que de responderse crearía al instante un procedimiento analógico con todas las dificultades que esto implica y que el pensador analiza en este libro, sino que nos indica expresamente que este uso está vitalmente ligado a las circunstancias que lo producen o lo evocan. Fuera de ellas, su significado es vacío. Y es precisamente esto, la manipulación indiscriminada de términos inertes, anacrónicos y atemporales, una de las principales causas del reproche del pensador hacia sus gramáticos y filólogos.

Es evidente -nos dice- que los usos lingüísticos de las ciencias difieren de los usos lingüísticos que hacemos en la vida cotidiana. Es por ello que intentar imponer unos sobre los otros no sólo resulta erróneo sino irrisorio, por cuanto se trata de planos discursivos diferentes. Es decir, Sexto nos aclara que si pensábamos que por “uso común” estábamos entendiendo algo así como “usos más populares” claramente no habíamos entendido sus ideas. Intentar hacer esto sería exactamente lo mismo, aunque a la inversa, de aquello que él mismo critica de los gramáticos con sus cultismos. Las circunstancias, sostiene el escéptico, lo son todo para las expresiones. No hay pronunciación sólida más allá del momento presente.^{xiii} A este respecto:

“Por otra parte, entre los usos lingüísticos unos se observan en las ciencias y otros en la vida cotidiana. Así en filosofía o en medicina se adoptan preferentemente ciertos términos, y lo mismo en música y geometría. Y está también el simple uso cotidiano de los particulares, que difiere de ciudad a ciudad y de nación a nación.

Por ello en filosofía nos conformaremos al uso de los filósofos, en medicina al que corresponde y en la vida cotidiana a aquél que sea más corriente, menos rebuscado y más propio de la localidad en cuestión. En consecuencia, cuando una misma cosa se pueda decir de dos formas intentaremos adaptarnos a las personas presentes y decir aquello que no suscite la risa, sea cual fuere la naturaleza de la cosa. (...) Y a la inversa, en medio de una discusión, por consideración hacia los presentes dejaremos de lado las palabras triviales e iremos en pos de un registro más elegante y erudito; pues así como el lenguaje erudito despierta la burla de la gente corriente, del mismo modo el lenguaje corriente despierta la de los eruditos. Así pues, si somos hábiles y nos expresamos como conviene a cada circunstancia se podrá decir que nuestro griego es irreprochablemente correcto.” (Sexto Empírico, 1997: 98-99. AM I 232 – 235)

Creemos que el pasaje resulta esclarecedor sobre los temas tratados y es una muestra fidedigna de Sexto como pensador. Incluso agrega un criterio práctico para discernir entre dos usos distintos del mismo término. Este criterio, que establece no suscitar la risa de los presentes y decir lo que se tenga que decir del modo en que mejor nos entiendan nuestros interlocutores, llama la atención como criterio de lenguaje, pues parece señalar mucho más la conducta del hablante que la aplicación de una concepción acerca del lenguaje. No obstante, poco o nada interesa al escéptico esbozar tal concepción, pues se revela finalmente que las intenciones del hablante condicionan sus palabras.

Las circunstancias presentes o el mundo del escéptico, donde la apariencia es todo y donde ser y apariencia son indistintos, determinan profundamente el pensar y el sentir de esta filosofía, a tal punto que su leve prescripción en torno a la palabra no puede menos que señalar que la misma es tan sólo apofántica. Esto se acopla perfectamente con las “expresiones del escéptico” que el pensador describe en HP I 188 – 209 y que repite en parte en AM I 315 con el famoso “οὐδὲν μᾶλλον” (“no se puede afirmar esto más que aquello en esta cuestión”). Tales expresiones no son más que el corolario del modo en que el escéptico investiga y éstas resultan vacuas fuera del momento presente (y sin un sujeto que exprese ese sentimiento en ese instante). Por esto mismo, estas expresiones están proferidas en primera persona del singular, para sostener que así son las cosas tal cual se le aparecen al pirrónico en ese momento (si bien Sexto utiliza la primera persona del plural para referirse a los escépticos como tradición y modo de pensamiento).

El libro segundo de *Adversus mathematicos*, dirigido contra los profesores de retórica, conserva el espíritu crítico del libro precedente y permanecen las intenciones del escritor y sus concepciones acerca del correcto uso del lenguaje, si bien el objetivo y el arte analizado, en este caso la retórica, varían. La diferencia estriba en que al ocuparse del arte de los gramáticos nuestro autor, como señalamos, está criticando el arte de hablar y escribir de modo sobre elaborado y con cultismos exacerbados derivados de la filología,

mientras que aquí se dirige al aparentemente útil arte de la oratoria y de la habilidad de hablar frente a una audiencia y lograr su convencimiento. Igualmente, para Sexto la diferencia parece ser meramente circunstancial y rechaza de plano todo rebusque y sofisticación claramente artificial destinada a causar efectismos con el lenguaje. En este sentido, sus ideas acerca de la adaptación del lenguaje al uso común y a las circunstancias, y de que éste deber ser claro y sin sobresaltos, continúan.

El filósofo no parece andarse con vueltas para tratar la retórica: la rechaza de plano por ser un arte creado para dificultar la comprensión del lenguaje, un disfraz hecho para confundir al público y, a través de su manipulación mediante golpes a las pasiones humanas, lograr objetivos secretos. Pero, aun cuando en parte este rechazo tuviese un tinte moral, su crítica viene principalmente dirigida a demostrar que no se trata de un arte, como ocurría al tratar sobre la gramática. El autor juzga a la retórica como un arte inútil y, por ello mismo, no la considera un arte. Recordemos que, como ocurre con su definición de criterio, dado que nunca podremos afirmar la verdad de algo, resulta más importante saber si el conocimiento de tal disciplina es necesario para nuestras vidas (si se impone como algo vital). De allí que el pensador se pregunte si este arte es útil.^{xiv} En respuesta a esto encontramos pasajes donde sostiene que: este arte no es útil a las ciudades y siempre por esto es expulsada de ellas (AM II 20); es perjudicial para quien la posee (AM II 28-30); la retórica fue introducida para ir contra

las leyes (AM II 34); el orador demagógico es al político lo que el droguero al médico (AM II 42). Con esta última analogía no hace sino recordarnos a Platón, ya que parecen tomada del *Gorgias*^{xv}, diálogo tan citado en este libro segundo de *Adversus Mathematicos*.

Por tanto, las intenciones del autor son claras y están en línea con las del libro anterior: demostrar la inconsistencia de la retórica a partir de su materia prima, el lenguaje. Y así como contra los gramáticos Sexto preguntaba qué es un lenguaje correcto, aquí, al tratarse de la capacidad de hablar en público, preguntará que es una dicción que resuena hermosa entre los oyentes (καλή λέξις). A los argumentos “platónicos”, de clara herencia escéptico-académica, se asocia una respuesta por parte de Sexto previsible para el lector: ya con hablar de forma sencilla y no meticulosa alcanza y sobra para convencer a nuestros oyentes. El filósofo gasta principalmente sus líneas señalando que no considera a la oratoria un arte porque no encaja con la vida diaria: nadie hablará así naturalmente. De hecho -nos dice- vemos que los oradores, cuando salen de un juicio, utilizan una forma de dicción distinta para dirigirse a sus vecinos de aquella utilizada en la corte (AM II 58-59). La mayoría de las personas se ofende cuando se le habla con un lenguaje como el de los oradores, pues adrede no es claro (ἄσαφής)^{xvi} y a este lenguaje naturalmente se oponen todos aquellos que aborrecen los alardes de superioridad (AM II 75). Por último, incluso el pensador da su opinión sobre qué sucede a menudo en los tribunales: todo el mundo se pone

del lado del lenguaje del hombre ordinario al ver su fragilidad, y, de hecho, se atribuye mayor grado de justicia a lo que es menos justo por ser presentado por una persona no “educada”, frágil y mundana.

Si bien es sumamente interesante seguir los rastros históricos y filológicos de las lecturas de este pirrónico en el inmortal debate clásico entre filósofos y sofistas, como sus alusiones al *Gorgias* y como su herencia de la Academia escéptica, aquí nos importa remarcar ante todo su postura y, en este sentido, es una expansión a sus desarrollos del libro anterior. Sexto demuestra con sus herramientas por qué la retórica no es un arte y siente ante todo que falla en su propósito más primigenio: la persuasión. Cree que para persuadir no es necesario hablar de forma sofisticada o imponerse una forma de dicción artificial. Basta con un lenguaje sencillo, pues de otro modo podríamos insultar a nuestros oyentes o hacer que se rían de nosotros. Por supuesto, una de las cualidades más famosas de la retórica es llevar sentencias públicas hacia intereses particulares. Si bien esto al filósofo no se le escapa, nos sugiere que en este sentido también se puede manipular la ley o la justicia, con lo cual, a su vez, resta indagar qué entendemos por justicia, legalidad o comportamiento ético (algo que estudia en *Adversus Mathematicos XI* e *Hipotiposis pirrónicas III*).^{xvii} Por ello, creemos que con esto basta para captar en esencia qué entendía Sexto por “bella forma de hablar” (καλή λέξις) en este libro segundo.

3. Conclusiones

Sin lugar a dudas, todas estas ideas sextianas, como apelar al uso común y a la adaptación del propio lenguaje a la presente situación, resulta del todo innovador y original en la historia de las ideas. También, sin lugar a dudas, nos recuerdan mucho a planteos de ese “movimiento” no homogéneo de principios del siglo XX conocido como “giro lingüístico”.^{xviii} Con todo, si bien la propuesta escéptica apunta a cuestiones claramente distintas a los problemas del *giro lingüístico*, y que probablemente por ello sea vulnerable a desarrollos teóricos posteriores, presenta un grado de valor auténtico y sobresale en su época.

Pensamos que es manifiesta la concepción de lenguaje que Sexto desarrolla en estos primeros libros de *Adversus Mathematicos* a través de los pasajes señalados. Pero, más importante aún resulta la conexión entre esta concepción y su propuesta escéptica desarrollada en *Hipotiposis pirrónicas*. La palabra escéptica, lejos de ser contradictoria, aun cuando quisiera pronunciar el silencio (afasia), imprime en quien la oye una forma de pensar y de transitar nuestra existencia. Este modo de conducirse (ἀγωγή) deja huella y propone un modo de pensar las afirmaciones distinto de aquél que nos nace naturalmente o se nos ha impuesto culturalmente. Así, la propuesta sextiana no parece demasiado complicada de entender o de poner en práctica.

Ahora bien, quien esté adentrado en la filosofía escéptica no tardará en preguntar cómo se

conjugar varias de las propuestas sextianas aquí presentadas con ese planteo tan general de las *Hipotiposis*. Por ejemplo, ¿cómo debemos comprender ese criterio práctico de seguir las leyes y costumbres y practicar las artes de donde vivimos (HP I 21-24) con toda esta crítica claramente dirigida a la formación cultural de los hombres pudientes, es decir, dirigida a la *mos maiorum*, en este caso de las letras? Si aquí ha abrazado a la anomalía como fuente del criterio lingüístico, i.e. el “uso común” (συνήθεια), ¿no es acaso la “ἀγωγή” escéptica una forma muy particular de comprender la analogía como procedimiento de estudio y de observar (τήρησις) cómo se nos manifiestan e imponen los fenómenos? ¿Su propuesta peca, al final de cuentas, de esa inconsistencia (ἀσύστατος) que el pensador acusa de que pecan las artes de filólogos, gramáticos y oradores? Es decir, ¿no disuelve su filosofía la práctica de cualquier arte y de toda costumbre? Estamos frente al mismo problema en que nos encontrábamos al final de *Hipotiposis*: al principio de esta obra el filósofo nos sugiere practicar cualquier arte, pues es inevitable hacerlo, y al final de la misma termina negando la existencia de cualquiera de estas artes (τέχναι), vía la negación de su posibilidad de enseñanza.

Sin embargo, quien escribe sospecha que un personaje como Sexto, que incluso se disuelve en el humo de su existencia fáctica y se transforma en personaje literario, que nos habla en primera persona del plural y que, por su caudal de citas, claramente estaba muy bien formado, debió de ver este problema y esta inconsistencia. Quizás sea

intencional de su parte el que como lectores lo llevemos a esa acusación. El pensador parece no encubrir el hecho de que al tratar estas cuestiones se nos producen contradicciones. Y es por ello que su propuesta, sin negarlas, permanece y permite ahondar en las mismas sin sufrirlas espiritual y corporalmente, como de hecho parece ocurrirle a aquellas personas (los dogmáticos) que, en su afán de demostrar la verdad e infalibilidad de pensamiento, sufren ansiedad, precipitación y lo peor que nos puede ocurrir a la hora de investigar los fenómenos: el consuelo de que hemos encontrado aquello que buscamos con profundo interés. Sexto no niega que la necesidad de producir afirmaciones sobre el mundo sea algo biológico de nuestra parte pero, cuidado, advierte que esa necesidad cuando seguida religiosamente y privilegiada por sobre nuestras otras necesidades, puede atentar contra nuestro propio equilibrio natural. En el estudio contra la necesidad de afirmar Sexto es médico y filósofo a la vez. *Et voilá*: este Hamlet no se dirime entre afirmar o no afirmar sino que está haciendo un esfuerzo para pensar más allá de las afirmaciones, para ver si es posible vivir sin afirmar, sin substanciar el mundo. O, en todo caso, de reivindicar la vacilación como otra necesidad y otro gesto natural humano. En síntesis, es en este sentido en que debemos entender su lema “lo decimos sin dogmatismos” (HP I 24).

La noción de lenguaje y las “prescripciones” del filósofo al respecto hacen evidente este filosofar. De algún modo, el filósofo le vuelve a conferir a las palabras su propiedad original que es la del eterno

cambio, demostrando que los significados, las intenciones y los usos se funden todos en un solo acto de habla o de escritura que será único y determinado por las circunstancias presentes. Allí mismo, como siempre habrá un oyente y un lector, la filantropía que es parte del núcleo de esta filosofía, no tardará en aparecer. Hay un sumo respeto por el otro y por con quien nos estamos comunicando. Los preceptos sextianos no son precisamente lingüísticos pero afectan directamente al lenguaje: no suscitar la risa de ese otro; no violentarlo con efectismos ni llevarlo allí donde ni siquiera nosotros sabemos a dónde vamos, plagándolo de dogmas o de cuestiones que ni siquiera para nosotros son evidentes; no incurrir en barbarismos ni en solecismos para no distorsionar lo comunicado; etc. Por esto, Sexto quizás nos parece un pensador con una pluma pausada, una tinta sobria, con un sentido del humor poco visible y que, a primera vista, nos resulta cansino. Será por ello también que por momentos, en cercanías con Platón y su *Gorgias*, considere al lenguaje como una *droga* (φάρμακον), que según su aplicación puede devenir peligrosa o beneficiosa (AM II 49). Será también por esto, finalmente, que no sólo refiriéndose a la oratoria nos dice que la fanfarronería y el desprecio por los otros son ajenos a una formación filosófica mediana (AM I 303).

Para Sexto, el lenguaje, como el mundo, es lo que es el caso, las circunstancias presentes. El escéptico nos muestra que no se puede desligar las palabras de las intenciones del emisor, de los

usos y juegos lingüísticos y de nuestra situación presente, pues fuera de todo ello sólo se trata de vivisección. Sí nos propone mirar a través de las afirmaciones, de leer más allá de las palabras donde se encuentra el verdadero texto. Y, finalmente, reivindica la propiedad más peculiar del lenguaje: su fluctuación. Las palabras sólo cuando cambian siguen vivas (siendo la etimología el estudio de lo que la palabra ya no significa, parafraseando a Borges) y, si vamos a buscar patrones en ellas así como en el mundo, el pirrónico nos sugiere que no los establezcamos de antemano. Dicho de otro modo, la palabra escéptica no hace más que conjugar esta fluctuación con esa benigna vacilación que caracteriza a esta filosofía.

Se ha dicho que también por estas cuestiones este escéptico es un conservador, si se permite este uso veloz y superfluo de las palabras. Si se habla de conservadurismo político, salvando el insalvable anacronismo, incurrimos en las mismas contradicciones en que incurriamos al preguntar por el concepto de “practicar un arte” en la obra de Sexto y probablemente deberemos indagar otras secciones de la obra sextiana. Sin embargo, el escepticismo se conserva metafísicamente. Y quizás sea por eso que, allende la evolución de las palabras, esa sana vacilación haya permanecido como prólogo e ironía en la tinta de tantos pensadores venerables, como Montaigne, como Hume, como Nietzsche y, por qué no, como Wittgenstein. Y no sólo se ha conservado sino que todos estos filósofos, al crear sus precursores, nos han mostrado con innovadores modos de escritura

otras vetas y matices de esa “δύναμις”, de esa capacidad de establecer antítesis de la que nos habla Sexto en las *Hipotiposis*. Y así nos parece el presente caso y decimos todo esto sin dogmatismos.

4. Bibliografía

BROCHARD, V. (2005) *Los escépticos griegos*. Bs. As.: Losada. Págs. 363-458.
DIÓGENES LAERCIO. (2007) *La vida de los filósofos más ilustres*. Madrid: Alianza Editorial.
DIOGENE LAERZIO. (2005) *Vite e dottrine dei più celebri filosofi*. Roma: Bompiani.
FLORIDI, L. (2002) *Sextus Empiricus, The Recovery & Transmission of Pyrrhonism*. Oxford: Oxford U. P., 2002.
HOMERO. (2000) *Ilíada*. Madrid: Gredos.
HORACIO. (1992) *De arte poética*. Buenos Aires: Editorial Planeta.
LUCIANO DE SAMOSATA. (1996) *El pseudosofista o el solecista*. En obras completas, tomo I. Madrid: Gredos.
MÁRSICO, C. (2007) *Polémicas y paradigmas en la invención de la gramática*. Córdoba: Ediciones del Copista (Ordia Prima).

PLATÓN. (1988). “Gorgias” en *Diálogos II*. Madrid: Gredos.
PFEIFFER, R. (1981) *Historia de la filología clásica*. Madrid: Gredos Vol. II, págs. 165 - 489.
PSEUDO LONGINO. (2007) *De lo sublime*. Santiago de Chile: Metales pesados.
SEXTO EMPÍRICO. (2012) *Contra los dogmáticos*. Madrid: Gredos.
SEXTO EMPÍRICO. (1997) *Contra los profesores*. Madrid: Gredos.
SEXTO EMPÍRICO. (1993) *Esbozos pirrónicos*. Madrid: Gredos.
SEXTO EMPÍRICO. (1996) *Hipotiposis pirrónicas*. Toi de Ardoz: Akal.

Notas

¹ “On ne fait pas au scepticisme sa part ; dès qu'il a pénétré dans l'entendement, il l'envahit tout entier”. (Brochard, 1945: 475)

² Con fines expeditivos, de ahora en más se citará “HP” y el libro correspondiente para las “*Hipotiposis pirrónicas*” y “AM” y el libro correspondiente para cualquiera de los once libros de “*Adversus Mathematicos*”. En bibliografía pueden consultarse las traducciones que hemos utilizado, pero en este caso preferimos adoptar este modo de citar las obras sextianas ya que, al tratarse de textos antiguos, responde a la numeración *standard* internacional establecida por Stephanus y, por tanto, no pueden citarse números de página sino párrafos que, además, remiten al original en griego. Por último, téngase en cuenta también lo aclarado en la nota III.

³ Los libros contenidos bajo el nombre de “*Adversus mathematicos*” deben ser divididos en dos partes, ya que por su temática claramente se trata de dos obras distintas. La primera, usualmente conocida como “*Πρὸς δογματικούς*” o “*Adversus dogmaticos*” (“*Contra los dogmáticos*”), contiene los libros VII-XI, incluyendo “*Πρὸς λογικούς*” (“*Contra los lógicos*”, libros VII-VIII), “*Πρὸς φυσικούς*” (“*Contra los físicos*”, libros IX-X) y “*Πρὸς ἠθικούς*” (“*Contra los éticos*”, libro XI). La segunda, la cual Gentian Hervetus colocó antes de aquélla, usualmente conocida como “*Adversus mathematicos*” o “*Πρὸς μαθηματικούς*” (“*Contra los profesores*”), contiene los libros I-VI, incluyendo: “*Πρὸς γραμματικούς*” (“*Contra los gramáticos*”, libro I), “*Πρὸς ῥήτορας*” (“*Contra los oradores*”, libro II), “*Πρὸς γεωμέτραις*” (“*Contra los geómetras*”, libro III), “*Πρὸς ἀριθμητικούς*” (“*Contra los aritméticos*”, libro IV), “*Πρὸς ἀστρολόγους*” (“*Contra los astrólogos*”, libro V) y “*Πρὸς μουσικούς*” (“*Contra los músicos*”, libro VI). La gran mayoría de estos títulos se deben a Immanuel Bekker, quien en 1842 realizara una edición crítica de toda la obra sextiana, y no aparecen en la tradición manuscrita. La diferencia entre ambas partes es cualitativa: mientras que la primera –que se “asemeja” a una extensión de los libros II y III de las “*Hipotiposis pirrónicas*”– se atiene a la refutación de los sistemas de conocimiento de la época, esto es, las doctrinas y sistematizaciones de las diversas propuestas filosóficas en boga, la segunda se expone como refutación de las artes prácticas y liberales de ese mismo período. En definitiva, mientras que lo atacado en el primer caso es más de carácter teórico, en el segundo

es de carácter práctico. Por ahora sigue sin explicación por qué se ha colocado a estos once libros bajo el mismo título. Un argumento fuerte para sostener la división es que *“Adversus mathematicos I-VI”* es una obra en sí, pues declara su comienzo y su fin. Además, pareciera corresponder al último período de vida del autor por ciertas acotaciones internas, lo cual dejaría a *“Adversus mathematicos VII-XI”* para su período de madurez (como continuación de lo desarrollado en las *Hipotiposis*). Para entrar en detalle, ver FLORIDI (2002: 8-11). También, la introducción del recientemente traducido al castellano *“Contra los dogmáticos”* resulta altamente esclarecedora al respecto. Cfr. SEXTO EMPÍRICO (2012: 7 – 57. Introducción a cargo de Juan Francisco Martos Montiel).

^{IV} Sexto, de hecho, así las denomina en AM II 57, i.e. *“ἐλευθέρια τέχνηαι”*.

^V Por imperturbabilidad traducimos el término icónico de *“ataraxia”* (*“ἀταραξία”*).

^{VI} Se comprende fácilmente, entonces, que la *mos maiorum* es un término que engloba los principios honrados por cada época, modelos de conducta pública y prácticas sociales que afectaban el comportamiento público y privado.

^{VII} Figuras icónicas de esto son Cicerón, Séneca u Horacio. Este último representa fielmente en su *“De arte poética”* lo que era estar versado en estos temas. De la época en que Sexto habría vivido, tenemos a Luciano de Samosata y su *“Solecista”*. Asimismo, como ejemplo de la perdurabilidad de este modelo y tradición en educación durante la tardo-antigüedad, encontramos al Pseudo Longino (Siglo V) con su *“Περὶ ὑψοῦς”* o *“De lo sublime”*.

^{VIII} Vemos menciones a Aristófanes de Bizancio, Calímaco de Cirene, Dionisio Tracio, entre otros. Para entrar en detalle sobre cada uno de los puntos discutidos por Sexto ver Pfeiffer, 1981:165-489. También Mársico, 2007: 92-99.

^{IX} En AM I 62. Comparar con Horacio (1992: 334. I 62)0 y Homero (2000: 115. VI 146-149).

^X De hecho, en comparación con la cantidad de ocurrencias del término *“dogmático”*, en *Adversus Mathematicos I-VI* apenas encontramos un puñado de registros.

^{XI} Esto claramente está en consonancia con las primeras líneas de las *Hipotiposis* ya que, si recordamos, Sexto nos habla de que el escéptico –y en general las *“grandes naturalezas”*– sienten anomalías en el mundo que duelen en los juicios, ya que éstos no pueden acomodarse o dictar verdad sobre aquellas. En nuestro caso, esta anomalía lingüística funciona al modo de la *a-taraxia* espiritual escéptica: no es una propuesta positiva y, si bien no resuelve definitivamente la *quaestio*, sí da una respuesta provisoria difícil de retrucar. Ver HP I 12.

^{XII} El barbarismo y el solecismo resultan fallas flagrantes para el uso común, pues hacen que los términos utilizados no logren comunicar o expresar aquello que se intenta transmitir.

^{XIII} Es por esto que pensamos que planteos como los de Mársico (2007: 92-99) nos resultan poco pertinentes: se achaca a Sexto de caer en una contradicción, en aquello mismo que critica, pues estaría tras una regla lingüística apodíctica casi matemática, cual criterio, que le permita discriminar entre usos de lenguaje correctos e incorrectos. Sin embargo, para quien ha comprendido la profundidad de las ideas expuestas en las *Hipotiposis*, esto resultará apresurado y erróneo: el filósofo está jugando con afirmaciones y contra afirmaciones para intentar ver qué es un problema para nuestra vida y qué no, qué es necesario y se impone y qué es simplemente un fantasma de nuestras creencias. Además, tal concepción olvida la insistencia del filósofo de atenerse ante lo que se nos aparece en el momento presente por lo que buscar tal regla resultaría en definitiva establecer una doctrina, algo a lo que claramente se opone tanto en *Hipotiposis* como en todo *Adversus Mathematicos*.

^{XIV} A tal respecto: HP I 21-24 y AM II-10.

^{XV} En Platón, 1998:48-51. *Gorgias* 464b - 465e.

^{XVI} Recordemos que la claridad es un requisito del lenguaje correcto para Sexto.

^{XVII} Al mismo tiempo, Sexto no se exime de su propia opinión moral al respecto y juzga que los oradores, al suscitar la tristeza, la cólera y otras pasiones alédañas, lo único que hacen es descarriar e infectar de raíz las mentes de los jueces, no persuadirlas, y hacen sombra a la verdadera búsqueda de la justicia (AM II 78). Esto está en consonancia con las opiniones en torno a la poesía y sus efectos *“patheticos”* en sus lectores y oyentes (en AM I 296-318) no tratado aquí por cuestiones de extensión.

^{XVIII} Agradezco a la Dr. Guadalupe Reinoso las aclaraciones sobre este punto.